

## **Del obrero alienado al “ser-en-el-zombi”. Sobre el nuevo malestar del *homo laborans* en el Capitalismo post-industrial**

Borja García Ferrer (Universidad de Granada)

**Resumen:** Si la filosofía es la reflexión crítica de su época, no podemos permanecer impasibles ante el nuevo malestar en la cultura que nos acecha. Bajo esta premisa, nos remontamos hasta la Revolución Industrial para probar el alcance de la versión marxista de la “alienación” en el Capitalismo post-industrial establecido, a la vista de las transformaciones fundamentales en el panorama de las dependencias y las servidumbres humanas, más allá de los cambios de superficie en el contexto económico donde radican. Analizar las singularidades, los enlaces y los hiatos que entretejen dicho giro es el objetivo del presente trabajo, con el afán de examinar, desde unas coordenadas de pensamiento a la altura del acontecimiento, la íntima vinculación entre patologías sociales y las nuevas tecnologías de poder del Capital en la esfera laboral.

**Palabras clave:** Marx, “alienación”, Capitalismo post-industrial, “zombi”, esfera laboral.

**Abstract:** If Philosophy is the critical approach on its age, we cannot remain impassive in the face of the new uneasiness in culture that we are facing. With this in mind, we are going back to the Industrial Revolution to prove the scope of the Marxist version of alienation in established post-industrial Capitalism, in view of the essential transformations in the state of human dependence and obligations, beyond the superficial changes in their economic context. To analyze the course, the links and breaks in that process is the aim of the present work, with the intention of studying, from a line of thought on a par with such an event, the close relationship between social pathologies and the new Capital’s power technologies in the labour sphere.

**Key words:** Marx, “alienation”, post-industrial Capitalism, “zombie”, labour sphere.

### I. INTRODUCCIÓN: DECLARACIÓN DE INTENCIONES Y CIRCUNSTANCIAS

Ante la obra de muerte firmada en el siglo XX, en los términos de “exterminio” y “destrucción en masa”, en nombre del comunismo llamado “real”, es ya un lugar común afirmar que la crítica marxista de la Modernidad ha perdido toda su credibilidad, tanto en lo que concierne a su proyecto teórico como a la alternativa práctica que defiende. Ciertamente, no podemos obviar la cifra de las víctimas que ha generado la orientación teleológica (económico-política) del Marxismo (sustrayendo de hecho la muerte misma, en la aniquilación, la dignidad que le es propia). Por otro lado, lejos de instalarse sobre la propiedad colectiva de los medios de producción y

las fuentes de riqueza con vistas a la disolución de las clases sociales y, a la postre, del Estado (entendido como instrumento político al servicio de los intereses de las clases dominantes), el sujeto revolucionario del socialismo ha terminado, de hecho, plegando sus conciencias ante la irresistible exuberancia del Capital y sus disimulados chantajes.

Sin embargo, si bien el nuevo malestar en la cultura se expande por Occidente, parafraseando a Marx, como un espectro (a nivel ontológico), la marcha triunfal del “último hombre” bajo el signo del Capitalismo post-industrial y su invisible dictadura nos llevan a retomar las premisas marxistas con tal de afrontar el profundo malestar que atraviesa, silencioso pero lacerante, nuestros tiempos de penuria; el momento “post” de la Modernidad, en este sentido, sólo reactiva el viejo enemigo que parecía desfallecer. En ningún caso abogamos, desde esta perspectiva, por abrazar la ortodoxia marxista acríticamente, toda vez que las condiciones materiales de su pensamiento (así como la superestructura jurídica o política que se instala sobre unas determinadas relaciones de producción) han devenido distintas, como muestran lúcidamente los estudios frankfurtianos, con evidencias empíricas por doquier.<sup>1</sup> Se trata, más bien, de revisar su discurso con el afán de explotar su potencial descriptivo y hermenéutico bajo la luz de las nuevas dinámicas contemporáneas, en los confines del léxico que ha patrocinado el horizonte de pensamiento marxista.

## II. EL ASCENSO DEL CAPITALISMO EN EL MARCO DE LA GLOBALIZACIÓN

Antes de probar el alcance de las tesis marxistas en las transformaciones que determinan la singularidad de nuestro modo de vida, es de recibo examinar desde un punto de vista histórico, a fin de justificar la viabilidad y la congruencia de nuestro propósito en lo que a la actualidad del Marxismo se refiere, la evolución que ha experimentado el modo de producción capitalista, si se nos permite continuar hablando en estos términos. Ahora bien, como se sabe, debemos entender dicho ascenso en el marco de un proceso global tan complejo como decisivo para el futuro de la humanidad, a saber, el proceso de “Globalización”.<sup>2</sup>

Actualmente, la problemática de la Globalización, su significado e impacto, es una de las cuestiones más controvertidas en ciencias sociales y filosofía. Es más, este proceso, ya imparable, constituye la clave explicativa paradigmática para entender las múltiples y profundas transformaciones económicas y socio-culturales que han determinado una nueva configuración mundial, cuyos cimientos se cifran, a raíz de la revolución acontecida en el mundo de la microelectrónica durante los cuarenta del pasado siglo, en las nuevas tecnologías de la información y la comuni-

---

<sup>1</sup> Marx decreta el carácter primordial e ineludible de tales condiciones para la filosofía y, en este sentido, se erige como el poste indicador de la Postmodernidad, en tanto que su discurso expresa la autoconciencia del “nihilismo” (a saber, la ausencia de fundamentos últimos), en aras de la contingencia y el devenir.

<sup>2</sup> Los teóricos franceses prefieren utilizar el término “*Mondialisation*”, mientras que en España y América Latina suelen utilizarse indistintamente “Globalización” y “Mundialización”, aunque el uso de la primera forma se encuentra mucho más generalizado.

cación (NTIC). No obstante, la Globalización es un concepto sumamente complejo, como atestiguan su dinamismo, su ambigüedad y su amplitud, en virtud de lo cual comprende tanto aspectos positivos como negativos, además de numerosas dimensiones. Se trata, en este sentido, de un campo abierto donde los distintos ámbitos del saber confluyen en el análisis de sus fenómenos más característicos, desde el descubrimiento de América hasta la caída del Muro, pasando por la declaración de los derechos humanos, la deslocalización, la homogeneidad o la multiculturalidad.

Sin embargo, la mayoría de análisis subrayan la dimensión económico-política del proceso, de modo que otorgan un papel determinante a la expansión del mercado mundial bajo la égida de las instituciones financieras globales; la definición de la Globalización por parte del Fondo Monetario Internacional (FMI) es ejemplar al respecto: «La globalización es la interdependencia económica creciente del conjunto de los países del mundo, provocada por el aumento del volumen y la variedad de las transacciones transfronterizas de bienes y servicios, así como de los flujos internacionales de capitales, al tiempo que la difusión acelerada y generalizada de la tecnología». En tal disposición de los términos, podría pensarse, a ojos vistas, que el proceso de Globalización se remonta, tal y como lo entendemos hoy, hasta la segunda mitad del siglo XVIII, de modo que, en ese caso, no definiría la singularidad de nuestro tiempo y, como consecuencia de ello, deberíamos referirnos al presente en términos de “Modernidad tardía”, en lugar de “Postmodernidad”.

Cuando Marx advierte que la revolución proletaria no es un *coup d'état* protagonizado por un selecto grupo de conspiradores sino que, al contrario, «la acción común, al menos de los países civilizados, es una de las primeras condiciones de su emancipación» (Marx y Engels, 2004: 46), sugiere para la posteridad el potencial emancipador de los medios de comunicación, en la medida que favorecen, junto a la taberna y la calle, cierta empatía entre el proletariado: «Esta unión es favorecida por el crecimiento de los medios de comunicación creados por la gran industria y que ponen en contacto a los obreros de diferentes localidades. Y basta ese contacto para que las numerosas luchas locales, que en todas partes revisten el mismo carácter, se centralicen en una lucha nacional, en una lucha de clases» (Marx y Engels, 2004: 33). Pero los medios no sólo alientan la causa revolucionaria en su marcada orientación internacional (o, al menos, generalizada), sino que encierran, por usar la terminología de Bernard Stiegler, un carácter farmacológico.

Efectivamente, Marx observa que, a pesar de su inestimable contribución a la hora de sobrepasar el asfixiante marco del Estado Absolutista *por mor* de las pujantes dinámicas económicas que supone la expansión indomable de los mercados, el progresivo crecimiento de los medios de comunicación trae consigo un contexto económico cosmopolita de interdependencia nefasto para los intereses socialistas, no tanto porque despoja a la industria de su antigua base nacional creando necesidades nuevas pues, al fin y al cabo, termina con el aislamiento, la estrechez y el exclusivismo de las antiguas autarquías, sino porque constituye el marco ideal para la explotación del mercado mundial por parte de la clase dominante burguesa en aras de construir, a costa de la pluralidad y la diferencia, un mundo a su imagen y seme-

janza,<sup>3</sup> lo cual se traduce en la indeseable centralización política (cfr. Marx y Engels, 2004: 26-27). Vistas las cosas así, los medios de comunicación poseen, a juicio de Marx, un significado ambivalente: veneno y remedio, pueden servir tanto a la destrucción del mundo (pues generan fuertes desequilibrios sociales asociados a la extensión de la pobreza, la explotación y la miseria de las masas urbanas), como su salvación (ya que sientan las bases para la edificación de una sociedad libre y, por consiguiente, igualitaria); de aquí las inquietantes palabras de Hölderlin evocadas por Heidegger: «Donde está el peligro, crece lo que salva». En cualquier caso, Marx suscribe que el progreso técnico es el factor decisivo de la producción de cambios en la estructura social de clases y, por consiguiente, en la superestructura política y estatal que se asienta sobre cada particular configuración de los modos de producción, y en la ideología dominante que le confiere sentido y estabilidad.

Más allá del valor que ostentan tales consideraciones para satisfacer la vocación terapéutica de la filosofía en el contexto actual de malestar en la civilización, es indubitable que, en este punto, la crítica marxista no ha perdido, salvando las distancias que marcan las metamorfosis de los escenarios, los actores y sus máscaras,<sup>4</sup> vigencia alguna, hasta el punto que podríamos calificarlo como el filósofo de la Globalización por excelencia, entendiendo nuestra tarea en el sentido de Merleau-Ponty, cuando afirma en *Elogio de la Filosofía* que «el filósofo es el hombre que despierta y habla». De hecho, en los albores del debate académico en torno a la noción de “Globalización”, allá por los ochenta, la cuestión decisiva puesta sobre la mesa de los teóricos era si el término designa realmente, más allá de su enorme difusión, un cambio histórico significativo o, por decirlo con Heidegger, el advenimiento de un nuevo horizonte de sentido.<sup>5</sup>

Ciertamente, las ciencias sociales proporcionan poderosas evidencias empíricas, en base a estudios tan minuciosos como elocuentes de nuestro mundo, las cuales atestiguan que en el transcurso del siglo XX y cada vez en mayor medida tie-

---

<sup>3</sup> No nos pasa desapercibido que si la transformación experimentada en el mundo de la comunicación constituye, como diría Ramonet, la tercera gran revolución de la historia tras la escritura y la imprenta, no es sólo porque los medios alteran las condiciones materiales de existencia, como Marx sugiere, sino por sus efectos socio-culturales en cuanto agentes principales de la construcción del imaginario, allende la pura instrumentalidad. Y es que, elevados a la condición de “cuarto poder” (junto al ejecutivo, el judicial y el legislativo), determinan nuestra forma de pensar y valorar hasta el punto que, como advierte Mc Luchan, el medio se confunde con el mensaje. No obstante, por mucho que la evolución de las telecomunicaciones se hallaba entonces en estado seminal, el panorama actual se sigue, en cierto modo, de las premisas más elementales del materialismo histórico marxista, a saber, que la “infraestructura” (lo económico más su base tecnológica) condiciona (aunque no determina) la “superestructura”.

<sup>4</sup> Como enseña Alonso-Fernández (cfr. Alonso-Fernández, 1981: 268, 269), Sombart presenta el espíritu burgués como un conglomerado de prudencia reflexiva, circunspección calculadora, ponderación racional, afán de orden y, sobre todo, avidez de novedades (cfr. Sombart, 1972). En cambio, a partir del siglo XIX, el estilo de la personalidad burguesa se transforma, con el desarrollo del racionalismo económico y del puro afán de lucro *por mor* del progreso científico-industrial, desde la clásica figura del rentista hasta la del empresario que ambiciona obtener los máximos beneficios económicos (cfr. Fromm, 1970: 221-233).

<sup>5</sup> Las reflexiones sobre la “Globalización” son relativamente recientes y comprenden dos fases. Mientras la primera se centra en la relevancia del término desde un punto de vista histórico, la segunda cuestiona, a partir de los noventa, su significado y sus consecuencias; en este contexto, las discusiones académicas obtienen resonancia en la sociedad, dando lugar a confrontaciones violentas con un trasfondo político, como es el caso de las manifestaciones masivas contra la cumbre de la Organización Mundial del Comercio (OMC), sucedidas entre el 29 de noviembre y el 3 de diciembre de 1999 en Seattle (cfr. Giddens, 2001: 63, 64).

ne lugar, en relación al contexto económico que Marx denuncia, una aceleración del proceso que lo diferencia en términos de dinamismo, intensidad y expansión. En efecto, debemos entender tal aceleración a la luz de ciertos cambios cruciales en la naturaleza de su dimensión fundamental, toda vez que los mercados monetarios mundiales expanden su influencia en la plenitud de su pujanza. Por ejemplo, como muestran numerosas investigaciones económicas, en los ochenta apenas se intercambiaban algunos centenares de millones de dólares diariamente, mientras que hoy se intercambian más de dos trillones. Asistimos, así pues, a una integración vertiginosa (aunque regionalizada) en la economía global, en virtud de una aceleración asombrosa del impacto global de los fenómenos económicos.

Ahora bien, es importante reparar en el hecho de que se tratan de transformaciones cuantitativas, por lo que la evolución del proceso de Globalización sería, desde esta perspectiva, una cuestión meramente gradual, representable por las frías cifras que nos brinda la ciencia empírica en virtud de sus métodos especiales. Sin embargo, ante la sangrante evidencia del nuevo malestar en la cultura que entra y sale por todas partes,<sup>6</sup> cabe preguntarse si, más allá de lo que denotan los números, la naturaleza del Capital ha experimentado, en cuanto dimensión fundamental del proceso de Globalización, cambios esenciales o cualitativos, toda vez que sus mecanismos y fuerzas ciegas registran y condensan todas las edades del mundo, hasta el prurito que gobiernan nuestras vidas, les da forma y las deforma. En la medida que cuestionamos el *modus operandi* del Capital en el presente, lo que está en juego es el momento “post” de la Modernidad (o sea, la posibilidad de esclarecer su sentido radical y, por ende, sus implicaciones patológicas). Obviamente, huelga aclarar que, si el Capital designa un poder omnipresente, una crítica de patologías cimentada sobre el estudio pormenorizado del espíritu capitalista en la era post-industrial rebasaría la ambición del presente trabajo,<sup>7</sup> por lo que nos vemos aboca-

---

<sup>6</sup> Los trastornos mentales y conductuales han aumentado durante los últimos tiempos extraordinariamente, como ilustran, a nivel óptico, diversos índices al hilo de las últimas averiguaciones en el terreno de la psicopatología (cfr. Sáez, 2011: 77, 78). En la esfera supraindividual, las recientes voces que han inundado el escenario mediático bajo la bandera de la indignación atestiguan fehacientemente que el ego social se ha convertido en una pluralidad disociada, a costa de la *despolitización* característica de nuestro tiempo (cada vez más irreversible) y su correspondiente inversión subjetiva en el *resentimiento*, esa salida inoperante de quien encausa su protesta contra el poder sin despojarse de la lógica de la victimización y la queja (cfr. Cano, 2010: 109-131).

<sup>7</sup> Un punto de partida ineludible en este sentido es el magnífico estudio de Boltanski y Chiapello (cfr. Boltanski/Chiapello, 2002). Existe, además, abundante bibliografía interdisciplinaria sobre el nexo entre nuevas patologías y la crítica del poder. Explícitamente, se describe la ausencia de un *étos* capaz de crear una integración colectiva y generar redes de escucha, de forma que ese vacío ha sido suplantado por un individualismo ególatra y por una derivación hasta la intimidad de la psicopatología individual de aquel malestar que proviene de problemas institucionales (cfr. Rendueles, 2005). En una línea parecida, los análisis psicopatológicos son conducidos al estudio de enfermedades insertas en espacios sociales: las nuevas máscaras del trabajo, de la acción creativa, de la violencia, etc. (cfr. Alonso-Fernández, 1981). Entre la filosofía y la sociología, se renueva la tradición marxista preguntando por el lugar de la perspectiva psicopatológica en el análisis de fenómenos tales como la relación entre ley y deseo o la historia de las heridas narcisistas (cfr. Žižek, 2006). O bien, se analizan formas de malestar social que provienen de un bloqueo en procesos de subjetivización que impliquen al hombre en política (cfr. López Petit/otros, 2008). Varios de los estudios señalados han dado lugar a programas teórico-prácticos de carácter terapéutico, en los que la promoción del “valor espíritu” frente al “populismo industrial”, desindividuoante o proletarizador, se apoya en la dualidad potencialmente terapéutica de los dispositivos técnicos, entendidos como los nuevos *pharmaka* del capitalismo hiperindustrializado (cfr. Stiegler, 2006).

dos a centrarnos exclusivamente en una parcela de su monopolio, a saber, el mundo laboral y sus nuevos rostros.<sup>8</sup>

### III. LA “ALIENACIÓN” DEL PROLETARIADO EN EL CAPITALISMO INDUSTRIAL (NIVEL BIOPOLÍTICO)

Como es sabido, Marx concibe la historia como una constante sucesión de modos de producción o, mejor dicho, sistemas de relaciones de producción entre distintos grupos sociales que, a su vez, ocupan posiciones diferenciadas en una ordenación desigual y jerarquizada de la división social del trabajo. En cada uno de ellos, ciertos grupos privilegiados, convertidos en dominantes por ocupar el control de las instituciones políticas y del Estado, se aseguran la apropiación privada de los medios productivos mientras que explotan a los grupos sociales desposeídos, obligados a ceder parte de la riqueza creada por su trabajo en beneficio de las clases dirigentes o dominantes. Pues bien, con el desarrollo de la economía capitalista, el establecimiento de fábricas por parte de la clase burguesa en el marco de la industrialización decreta unas condiciones de trabajo pésimas para campesinos y artesanos, forzados a abandonar el campo y los gremios para convertirse en mano de obra asalariada debido a la destrucción del sistema productivo y las formas de subsistencia tradicionales. Lamentablemente, la “disciplina de fábrica” supuso, entonces, la subordinación de los obreros a un código deshumanizante, dirigido a obtener el máximo rendimiento y la máxima productividad: «Después de ser violentamente expropiados y expulsados de sus tierras y convertidos en vagabundos, se encajaba a los antiguos campesinos, mediante *leyes grotescamente terroristas*, a fuerza de palos, de marcas a fuego y de tormento, en la disciplina que exigía el sistema del trabajo asalariado» (Marx, 2001: 627).

Uno de los principales métodos diseñados a propósito es la célebre “cadena de montaje”.<sup>9</sup> A pesar de introducir algunas mejoras (como la reducción de la fatiga física), el empeño por «acercar el trabajo al hombre, en lugar del hombre al trabajo», en palabras de H. Ford, «ha hecho de la dignidad personal un simple valor de cambio, [...] ha establecido una explotación abierta, descarada, directa y brutal»

---

<sup>8</sup> Con ocasión del Congreso “La reflexión política en la actualidad: Encuentro Internacional con Roberto Espósito”, celebrado del 16 al 19 de septiembre de 2013 en Granada, he tratado de analizar preliminar y tentativamente, a partir de la dialéctica espositiana *communitas/immunitas*, la construcción postmoderna de la identidad en el marco de los centros comerciales y la red, con el objeto de mostrar sus síntomas mórbidos en las relaciones interpersonales a raíz del yugo ejercido por el Capital, por medio de la hiperestimulación semiótica, sobre la vida cotidiana. Así pues, si damos por bueno el diagnóstico weberiano del “desencantamiento del mundo” en lo que respecta a la escisión del sujeto en *homo laborans* (“profesional sin espíritu”) y *homo ludens* (“hedonista sin corazón”), el presente trabajo está pensado como complemento de aquel.

<sup>9</sup> Conocida originariamente como “línea móvil de producción”, la cadena de montaje data de la segunda mitad del siglo XIX, cuando algunos pioneros de la construcción motorística y de maquinaria agrícola subdividieron el trabajo de montaje en simples operaciones realizadas sucesivamente por varios operarios estacionados junto a carriles sobre los cuales la máquina, empujada o arrastrada por sistemas mecánicos, avanzaba con escasa velocidad. Se trata, en realidad, de la aplicación integral del principio de “división del trabajo”, teorizado por F. W. Taylor. Examinando a fondo los procesos de las máquinas y el comportamiento del hombre, el ingeniero llegó a la conclusión de que eliminando sus movimientos inútiles mediante una organización científica del trabajo se obtendrían los mejores beneficios posibles, sembrando así la semilla de la II Revolución Industrial.

(Marx y Engels, 2004: 25). En efecto, aunque el periodo de aprendizaje exige aplicación e inteligencia al trabajador en aras de asimilar la velocidad de cada cadena de montaje, posteriormente el margen de maniobra para desarrollar sus capacidades se torna, por razón de la “parcialización” o fraccionamiento del trabajo y su carácter repetitivo y elemental, meramente testimonial, en lo que constituye un vínculo frente al cual su “voluntad de poder”, como diría Nietzsche, se halla completamente inerte, al servicio de la insaciable lógica capitalista del crecimiento acumulativo *ad infinitum*. En palabras de Marx, «el creciente empleo de las máquinas y la división del trabajo quitan al trabajo del proletario todo carácter sustantivo y le hacen perder con ello todo atractivo para el obrero. Éste se convierte en un simple apéndice de la máquina, y solo se le exigen las operaciones más sencillas, más monótonas y de más fácil aprendizaje» (Marx y Engels, 2004: 30).

Antes de analizar en *El Capital*, considerada su obra maestra, el mecanismo de acumulación del modo de producción capitalista (a tenor del concepto de “plusvalía”), y la correspondiente enajenación económica del obrero (reducido a la condición de “mercancía”), Marx profundiza en los efectos de “alienación”, despersonalización y dependencia que conlleva la maquinización en sus *Grundrisse*, anotaciones a modo de prolegómenos para *El Capital*: «La máquina, dueña en lugar del obrero de la habilidad y la fuerza, es ella misma la virtuosa, posee un alma propia presente en las leyes mecánicas que operan en ella, y así como el obrero consume comestibles, ella consume carbón, aceite, etc. (*matières instrumentales*), con vistas a su automovimiento continuo. La actividad del obrero, reducida a una mera abstracción de la actividad, está determinada y regulada en todos los aspectos por el movimiento de la maquinaria y no a la inversa. La ciencia, que obliga a los miembros inanimados de la máquina (merced a su construcción) a operar como un autómatas, conforme un fin, no existe en la conciencia del obrero, sino que opera a través de la máquina, como poder ajeno, como poder de la máquina misma sobre aquél» (Marx, 1972: 217, 218).

Así las cosas, tenemos que la organización del trabajo a cargo de la ciencia (*general intellect*) subsume la subjetividad del obrero, en lo que constituye una gestión normalizadora o “biopolítica” de su cuerpo que opera, en palabras de Foucault, según el principio de “hacer vivir o dejar morir” (*faire vivre ou laisser mourir*), de manera tal que la existencia proletaria deviene, como dice Agamben, “nuda vida”, en detrimento del *bíos*, entendido en términos aristotélicos: «Dondequiera que ha conquistado el Poder, la burguesía [...] no deja subsistir otro vínculo entre los hombres que el frío interés, el cruel ‘pago al contado’. Ha ahogado el sagrado éxtasis del fervor religioso, el entusiasmo caballeresco y el sentimentalismo del pequeño burgués en las aguas heladas del cálculo egoísta» (Marx y Engels, 2004: 24, 25). Se trata, a nuestro juicio, del fenómeno paradigmático de la *biologización* moderna de la vida, toda vez que el cuerpo se torna, a raíz del nacimiento de la biología en el siglo XVIII, en el elemento legitimador de toda política, y sus condiciones de vida caen bajo el dominio de saberes especializados.

Lejos de disimular su implacable autoridad, la burguesía consume descaradamente, al abrigo del Capital, el adiestramiento de los obreros: «Masas de obreros, hacinados en la fábrica, están organizados en forma militar. Como soldados rasos

de la industria, están colocados bajo la vigilancia de una jerarquía completa de oficiales y suboficiales. No son solamente esclavos de la clase burguesa, del Estado burgués, sino diariamente, a todas horas, esclavos de la máquina, del capataz y, sobre todo, del patrón de la fábrica» (Marx y Engels, 2004: 31). Para más escarnio, la lógica burguesa del dominio, basada en el control absoluto, justifica medidas coercitivas de todo tipo con tal de perpetuarse en el poder (castigos, sanciones, despidos, etc.), en un marco de precariedad sin precedentes (jornadas laborales infinitas, seguridad, alimentación e higiene ínfimas, descualificación de mujeres y niños, etc.). No es de extrañar, en este contexto, el exceso de celo del proletariado por cumplir en la *praxis* el ideario marxista, en virtud del *factor subjetivo* de la toma de conciencia colectiva que constituye, como Marx subraya, la condición de posibilidad de la revolución obrera: «La burguesía produce, ante todo, sus propios sepultureros» (Marx y Engels, 2004: 37).

#### IV. LA “ZOMBIFICACIÓN” DE LOS TRABAJADORES EN EL CAPITALISMO POST-INDUSTRIAL (NIVEL *TANATOPOLÍTICO*)

El vertiginoso progreso electoral experimentado por el movimiento obrero entre 1880 y 1914, así como sus conquistas laborales en la totalidad del orbe, alimentaron la esperanza de una revolución pacífica, sin tocar la propiedad capitalista. Sin embargo, la realidad ha destruido cruelmente las expectativas de la socialdemocracia. Por suerte o por desgracia, la democracia no ha terminado siendo la “forma específica” de la dictadura del proletariado, como quería Engels, sino que el parlamentarismo funciona, de hecho, como una válvula de seguridad del Capitalismo, en un marco político que excluye por principio cualquier transformación radical de la sociedad. Convertidos en notabilidades y caciques, los diputados socialistas han descubierto que los trabajadores no tienen conciencia de la necesidad que supone la revolución y desean, sobre todo, la mejora inmediata de sus condiciones de vida, por lo que se dedican a negociar el margen de mejora compatible con las posibilidades de la economía capitalista.

Así pues, ante el desmoronamiento del “Estado del bienestar”, los extraordinarios niveles de precariedad laboral y la claudicación sindical de los derechos arañados al poder antaño, cabe preguntarse qué ha sido del *factor subjetivo* en la contemporánea relación social del Capital. ¿Cómo entender, a la vista del malestar actual, el devenir capitalista en la esfera laboral? Afrontar esta cuestión crucial para dilucidar el momento “post” de la Modernidad que buscamos exige prestar atención, bajo nuestro punto de vista, a la matriz que subyace, alrededor de la figura del “zombi”, a la propuesta de Julio Díaz (cfr. Díaz, 2010: 233-245), según el cual la producción de lo no-vivo y el cuidado de la muerte es esencial para la vida del Capital, que no es el vampiro que chupa la sangre del obrero, como pensaba Marx, sino que extrae el valor de un ejército de muertos: «Aquello que se ha venido a llamar capitalismo no podría haberse desarrollado, al menos en su fase de consumo, sin una previa zombificación de la población. [Por lo tanto,] antes del proletario está el zombi» (*Ibid.*: 226). Desde luego, situaciones como la esclavitud de los niños chinos en las fábricas de cemento ponen de relieve que Schumpeter se equivoca



cuando afirma que el Capitalismo funciona según el principio de «destrucción creadora», es decir, «destruyendo ininterrumpidamente lo antiguo y creando continuamente elementos nuevos» (Schumpeter, 1996: 121). En realidad, las sucesivas mutaciones del Capital implican la conservación de sus antiguos modos, de tal manera que “no es tanto un *Grossi capitis* como una especie de hidra o gorgona” (Díaz, 2010: 241). Por eso, la crítica marxista resuena con fuerza en la actualidad.

Antes de atender a sus inquietantes síntomas en las relaciones laborales, lo primero que debemos considerar para dar cuenta del giro post-industrial desde una administración de la vida (“biopolítica”) hasta una economía de la muerte (“tanatopolítica”) es la nueva metodología capitalista para otorgar movimiento mecánico a un cuerpo muerto, listo para la obediencia absoluta. Como argumentamos más arriba, mientras que la burguesía aplicaba la “disciplina de fábrica” sobre los cuerpos sin escrúpulos, obligados a adaptarse al diseño tecnológico de la maquinaria por mediación de la vigilancia y el castigo más explícitos, los secuaces del Capitalismo post-industrial consiguen perpetuar su sutil dominio subrepticamente, mediante una saturación incesante de la explotación, entendida como *automatización* (vale decir, “zombificación”) de todas las tareas, por la cual se torna cotidiana y, de esta forma, pasa totalmente desapercibida para los trabajadores, o sea, el Capital oculta su mortífero dinamismo a base de ponerlo de manifiesto.<sup>10</sup>

En este sentido, crea una *ilusión de autonomía* mediante una disposición que, desde los noventa, se desmarca de la rígida distribución jerárquica de la empresa para asumir una estructura reticular, compuesta por nódulos y ramificaciones autónomos (cfr. Boltanski/Chiapello, 2002). Dicha autonomía se traduce en “proyectos” que deben ser emprendidos de forma participativa y creativa por “operadores autoorganizados en equipos”, a saber, “directores” de pequeñas cédulas donde ejercen como “animadores”, “inspiradores” y “catalizadores”. Se trata, sin embargo, de una *fictionalización* de la libertad, en la medida que sustituye los mandatos y el control dirigidos de la “disciplina de fábrica” por una autogestión que convierte (“zombifica”) al trabajador, al ritmo que prescriben los inflexibles resortes burocráticos, en su propio representante, encubriendo tanto su condición sometida como la reducción de la creatividad a producción rentable.<sup>11</sup> «El hombre de hoy funciona con el motor de adaptación al máximo. Se encuentra permanentemente *enajenado*, es decir, adaptado a una situación por él no elegida y no vivida como propia» (Alonso-Fernández, 1981: 272). Vista así, «la autonomía no es más que la máscara del automatismo» (Derrida, 1993: 245).

Con todo, los sufridos trabajadores se aferran a tales sueños mágicos de li-

---

<sup>10</sup> Si el arte es la región privilegiada para que la verdad acontezca, el cine gore serie B sería, en cuanto espejo de nuestro tiempo, el ejemplo más ilustrativo, ya que mostrando el monstruo en toda su crudeza, sin preámbulos ni efectos especiales (sin ideología, en el lenguaje de Marx), vuelve cotidiano el horror, de manera que el monstruo no nos deja entrever la monstruosidad, con menoscabo del poder sugestivo y la tensión que genera lo desconocido por-venir en el género “terror” (cfr. Díaz, 2010: 231-234).

<sup>11</sup> Prueba de ello es el “trabajo inmaterial”, donde la creación de cultura, conocimiento, bienestar emocional y otros productos intangibles tan sólo obedece a la “avidez de novedades” que Heidegger se refiere cuando analiza el ser del *Dasein* cotidiano en *Ser y Tiempo* (cfr. Hardt/Negri, 2002). Por lo demás, este fenómeno hunde sus raíces en otro de mayor alcance, esto es, la reducción moderna de la acción (en cuanto fuerza “vertical”, según su origen lingüístico) a operatividad (cfr. Sáez, 2007: 60, 61).

bertad, esas cortinas de humo, a modo de paliativo para soportar el Capitalismo, en un mundo histórico que no aguanta su propia verdad. De aquí el *sino* del *homo laborans*: del miedo físico a la ignorancia confortable. Se entiende, bajo esta luz, el proceso postmoderno de desideologización a costa del *factor subjetivo*, toda vez que la fuerza emancipatoria de sus últimos retazos se diluyen como lágrimas en la lluvia, bajo el signo de la «autonomización de la vida ensamblaria» (cfr. Sáez, 2007: 62, 63), de una parte, y la absorción irreflexiva del pensamiento crítico en la realidad por la *intelligentsia* de los jóvenes rebeldes, en favor de la acción directa e inmediata –sin ideología– (cfr. Marcuse, 1979: 240-242), de otra. Entretanto, el precio a pagar se revela en el carácter extático de la vida laboral, propia del “ser-en-el-zombi”, entre la indolencia, la molicie, la apatía, la indiferencia y la “voluntad de nada”, como ilustra la mirada ida del trabajador medio vagando a la deriva.

En este contexto, las relaciones interpersonales se tornan fugaces y superficiales, desinfectadas de los riesgos implícitos en sus eferescencias y mestizajes. De hecho, el fenómeno del encuentro (en el sentido de Binswanger) y, en general, los vínculos grabados por la reciprocidad y la correspondencia son carcomidos por la “distancialidad” (*Abständigkeit*), ese cuidado obsesivo de una diferencia frente a los otros por la omnipresente conminación a “ser alguien” que conlleva, desde la imposición del rendimiento como el módulo valorativo fundamental, una atmósfera competitiva y enajenante, marcada por el egocentrismo utilitario.<sup>12</sup> Ahora bien, contra lo que cabría pensar a tenor del discurso neoliberal, el nuevo Capitalismo no está yermo de sentimientos, pues introduce un discurso terapéutico que permite vincular las emociones al desarrollo del Capital con la finalidad, por supuesto, de garantizar la disciplina y aumentar la productividad (cfr. Illouz, 2006). De aquí el lenguaje económico de la eficacia, donde la comunicación designa una tecnología de autogestión que apunta a obtener una coordinación inter e intra-emocional, dominada por un imperativo de cooperación y un modo de resolución de los conflictos basado en el reconocimiento. Desde esta perspectiva, el Capitalismo emocional persigue neutralizar, con la promoción del sentimentalismo y el subjetivismo, pasiones como la vergüenza, la cólera o la frustración. Sin embargo, la reciente eclosión de fenómenos como el *mobbing* levanta la sospecha de que, en el fondo, la lógica del reconocimiento canaliza el malestar de los trabajadores hacia un «resentimiento generalizado» (cfr. Sáez, 2007: 66), en lo que constituye una huida hacia delante mediante la cual construyen una falsa identidad de manera reactiva, negando al que en cierta ocasión se denominó “camarada”. Y es que, finalmente, el malestar no puede ser dirigido contra el Capital, porque está investido con las vestiduras de lo gratificante y lo productivo.

---

<sup>12</sup> Además de la ansiedad, la inseguridad, la angustia y la depresión que favorece, dicha atmósfera resulta especialmente preocupante en un momento historiográfico en el cual asistimos a manifestaciones de agresividad por doquier, como atestiguan diversos índices de destructividad. Y es que la rivalidad establecida potencia las bases psicológicas de la agresividad, en el sentido de un impulso de autoafirmación exagerado, una sobreabundancia de frustraciones y una predisposición especial al miedo y la impotencia que desemboca, asimismo, en episodios de violencia protagonizados por individuos ávidos por reivindicar su imagen ante sí mismos y los demás mediante algún acto particularmente significativo (cfr. Alonso-Fernández, 1981: 269-274).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alonso-Fernández, F. (1981). *Formas actuales de neurosis*. Madrid: Pirámide.
- Boltanski, L. y Chiapello, È. (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Akal.
- Cano, G. (2010). El resentimiento como estrategia de poder, en S. Arribas, G. Cano y J. Ugarte (eds.), *Hacer vivir, dejar morir. Biopolítica y Capitalismo*. Madrid: Arbor, pp. 109-131.
- Derrida, J. (1993). *Spectres de Marx*. París: Galilée.
- Díaz, J. (2010). 'Planet terror': esbozo para una tanatopolítica, en S. Arribas, G. Cano y J. Ugarte (eds.), *Hacer vivir y dejar morir. Biopolítica y Capitalismo*. Madrid: Arbor, pp. 223-245.
- Fromm, E. (1970). *La crisis del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Giddens, A. (2001). El gran debate sobre la globalización. *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo*, 7, pp. 63-73.
- Hardt, M. y Negri, T. (2002). *Imperio*. Barcelona: Paidós.
- Illouz, E. (2006). *Les sentiments du capitalisme*. París: Seuil.
- López, S. y otros (2008). *La sociedad terapéutica*. Barcelona: Espai en Blanc y Edicions Bellaterra.
- Marcuse, H. (1979). La relevancia de la realidad, en Ch. Bontempo y J. Odell (eds.), *La lechuzca de Minerva*. Madrid: Cátedra, pp. 235-247.
- Marx, K. (2001). *El Capital*. México: Fondo de Cultura Económica.
- (1972). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*. México: Siglo XXI.
- Marx, K. y Engels, F. (2004). *Manifiesto Comunista*. Madrid: Akal.
- Rendueles, G. (2005). *Egolatría*. Oviedo: KRK.
- Sáez, L. (2011). Enfermedades de Occidente. Patologías actuales del vacío desde el nexo entre filosofía y psicopatología, en L. Sáez, P. Pérez e I. Hoyos (eds.), *Occidente enfermo. Filosofía y Patologías de Civilización*. Múnich: Grin, pp. 71-92.
- (2007). Ficcionalización del mundo. Aportaciones para una crítica de patologías sociales. *Revista de Filosofía Universidad de Costa Rica*, 115-116, pp. 57-69.
- Schumpeter, J. (1996). *Capitalismo, socialismo y democracia*. Madrid: Folio.
- Sombart, W. (1972). *El burgués*. Madrid: Alianza.
- Stiegler, B. (2006). *Réenchanteur le monde. Le valeur esprit contre le populisme industriel*. París: Flammarion.
- Žižek, S. (2006). *Visión de paralaje*. México: Fondo de Cultura Económica.